

JOSÉ ÁNGEL MURIEL
JAVIER MÁRQUEZ

En un país en el que la literatura de género sigue siendo tan denostada por crítica y público, especialmente las diversas ramas fantásticas, es toda una hazaña que una cita como la Hispacon siga celebrándose año tras año. Y ya van 26. Hispacon es el nombre por el que se conoce a la Convención Nacional de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror, que este año se celebra del 25 al 28 de septiembre en la ciudad de Almería. En honor de uno de sus símbolos más representativos, el Índalo, llevará el nombre de Indalcón. Este encuentro reúne cada año en una ciudad diferente a los aficionados, escritores y editores de estos géneros, convirtiéndose así en un punto de referencia obligado para profesionales y aficionados. Las principales editoriales que publican este tipo de literatura (Minotauro, La Factoría de Ideas, Gigamesh, Ajec, Alamut-Bibliópolis, Parnaso...) acuden todos los años para promocionar sus nuevos lanzamientos, presentar sus programaciones y hacer los contactos habituales en este tipo de citas.

Además, durante una cena de gala, se hará entrega de los Premios Ignotus, los más importantes de la literatura de ciencia ficción, terror o fantasía en España y uno de los referentes en Europa. Concedidos por la Asociación Española de Ciencia Ficción y Fantasía, estos galardones premian a las novelas, relatos, cómics y películas más importantes del año.

Pero ya se sabe que España es un país de contradicciones, y una de las materias en la que se producen las paradojas más llamativas es en el mundo de los libros. En este país, se editan muchísimos libros todos los años. De hecho, España destaca mundial-

Literatura fantástica

Nuevas páginas con sello ibérico

Esta semana se celebra una nueva edición de Hispacon, la convención de literatura de fantasía, ciencia ficción y terror, géneros que no pasan por su mejor momento



mente por tal motivo. Sin embargo, las estadísticas siguen indicando que, en general, se lee muy poco. Para colmo, muchos críticos afirman que hay más escritores que lectores. O, como mínimo, hay más personas escribiendo

do y queriendo publicar que gente leyendo.

Es cierto que dicha sensación se experimenta ante la afición de contar historias que manifiesta gran parte del público que suele asistir a los actos literarios. Pero uno de los grandes dones concedidos a la Humanidad como especie es precisamente la creatividad. Aunque el tiempo no nos sobra, las circunstancias actuales nos permiten organizarlo un poco mejor en torno a nuestras aficiones, por lo que no debe extrañarnos que la gente lo aproveche intentando explotar esa facultad, da igual que sea escribiendo, dibujando, pintando o tocando un ins-

Los Premios Ignotus, los más importantes de la literatura fantástica en España, son uno de los referentes en Europa

trumento musical. La creatividad, al fin y al cabo, es el eje del progreso y la base de los avances en disciplinas muy diversas.

Lo que realmente extraña es el bajo nivel de lectura que coexiste con esta propensión a escribir. Parece obvio, por ejemplo, que la lectura sea el principal recurso de quienes escriben. No obstante, hay escritores con capacidad para narrar historias de bastante calidad que pueden leer al año a lo sumo unos quince o veinte libros. Entre la población, la regla es que ni siquiera se alcanzan estas cifras.

Percepción

Otra contradicción cada vez más palpable es la que provoca la diferencia de opiniones acerca de la literatura fantástica entre los escritores y los lectores. Generalmente, los lectores creen percibir que la literatura fantástica se encuentra en pleno auge y que se publican obras de este género cada vez con más frecuencia y en mayores cantidades. Es probable que la difusión de algunos títulos muy populares a través de diversos medios o las tendencias dentro de la literatura juvenil e infantil influyan a la hora de formarse esta impresión. En cambio, los autores que se han dedicado a la literatura fantástica en las dos últimas décadas anuncian que el género se encuentra dentro de una crisis. El declive parece evidente incluso en los núcleos que habían apoyado tradicional e incondicionalmente la literatura fantástica, como, por ejemplo, el mercado francés. La tendencia parece extenderse a toda Europa y la situación ha llegado a tal punto que muchos de los escritores que solían empeñar todo su ingenio y talento en describirnos mundos imaginarios o contar invenciones de todo tipo han decidido seguir otros derroteros dis-



El declive parece evidente incluso en los núcleos que habían apoyado tradicionalmente estos géneros

tintos y han enfocado sus próximos proyectos volcándose de lleno en géneros diferentes.

Actualmente, solo unas cuantas editoriales se arriesgan a publicar obras que, sin pudor ni vergüenza, sino todo lo contrario, son clasificadas por sus autores dentro de la ciencia ficción, la fantasía o el terror, en su acepción más amplia. El resto de los editores prefieren colocar a los libros otras etiquetas, extravagantes y atractivas (casi siempre una composición en la que intervienen el término thriller y un adjetivo), para disimular su verdadera naturaleza. El objetivo es alcanzar a toda costa a cualquier tipo de lector y conseguir así convertir los libros en superventas. La fantasía, a fin de cuentas, se puede palpar dentro de muchas de las novedades de ficción expuestas en las librerías, pero parece abocada a no ser reconocida por quienes editan.

A esta situación tan complicada se suma el desequilibrio existente entre las intenciones de las editoriales y los criterios de los lectores, que no coinciden al catalogar las novelas que podrían



Cada año, la Hispacon reúne a editoriales y librerías especializadas de todo el país.

pertenecer a la literatura fantástica. Se produce un conflicto de intereses entre editores y lectores.

Y como el mercado de los libros es un negocio más, las grandes editoriales se dejan conducir por agresivas campañas de promoción y marcan tendencias cuando eluden llamar a las cosas por su nombre, como si lo fantástico fuera sinónimo de desprestigio o de una actitud inmadura por parte de quien la disfruta. Aplican una política indescifrable que, aparentemente, ha dejado de apostar por algunos de los autores españoles consagrados, una de las razones por las que han cambiado la orientación en los argumentos de sus nuevas obras.

Por su parte, los lectores, que tienen la última palabra y son quienes eligen lo que quieren leer, no se ponen de acuerdo al clasificar las obras. En realidad, los escritores tampoco, ya que existen tantas decisiones como gustos y cualquier cosa puede ser fantasía o, al contrario, no serlo. La pregunta sería: ¿por qué estas discrepancias afectan en tal medida a la literatura fantástica y, sin embargo, no tanto a otros géneros?

La fantasía está a la vuelta de la esquina. Es algo involuntario, casi instintivo. Nuestra mentalidad siempre ha albergado elementos fantásticos. Aunque nos creamos los seres más pragmáticos y realistas del planeta, resultamos ser los más soñadores e ilusos. Cuando somos niños, nos hacen creer en los Reyes Magos o el ratoncito Pérez. Otros, más traviosos, viven amenazados por el Cuarto de las Ratas, el Hombre del Saco o incluso el Momo (éste debe de ser el mismo demonio sa-



A pesar de las reticencias de muchos sellos editoriales a publicar novelas de género, en España sobreviven algunas editoriales y librerías especializadas en literatura de fantasía, terror y ciencia ficción.



lido del averno o el asesino de Viernes 13). Si dejamos a un lado la etapa de la adolescencia, con la madurez la imaginación convierte las ilusiones infantiles y el desbordamiento recreativo de la pubertad en deseos adultos. Desfogamos las emociones en fiestas como el carnaval o buscamos la relajación espiritual en celebra-

ciones religiosas que utilizan las imágenes para sustituir los antiguos placeres paganos asociados a los dioses. No es raro que soñemos despiertos que nos toca la lotería e imaginemos cómo nos gustaría gastarnos la cuantía del premio. O, sencillamente, a menudo pensamos cómo sería nuestro mundo ideal. Nos pasamos todo el año concibiendo planes relacionados directamente con la fantasía (nuestros objetivos, a veces inalcanzables). Sin embargo, nos cuesta admitirlo.

La imaginación y la fantasía son dos herramientas que hacen posible a las personas su evasión mental de la realidad, con frecuencia dura y difícil. Son armas para vencer la desazón y la angustia que nos produce la rutina cotidiana. Pero la mayor parte de la población no se percatada de lo cerca que tiene la fantasía en su vida y reniega de ella. Aseguran con obstinación que no les gusta. Por eso, hasta cuando están leyendo un libro que contiene algo de fantasía (posiblemente le han engañado cuando lo ha comprado disfrazándolo con otra etiqueta), son incapaces de reconocerla.

Indudablemente, la fantasía es un motor para generar nuevos lectores. Por ese motivo, suele utilizarse para motivar la lectura entre los más jóvenes o se recomienda para aquellas personas que apenas leen. Esto se debe a que la literatura fantástica, además de conducir las reflexiones más realistas mediante los recursos de la ficción más pura, crea expectativas diferentes.

Escapar del mundo real

Es habitual que el lector se enfrente a un libro del género con bastante tolerancia, sabiendo que va a encontrar aspectos que serán inconcebibles en otras condiciones. De hecho, es probable que sea lo que está buscando para escapar del mundo real y examinar los problemas desde otro punto de vista. Por tanto, es mucho más difícil que le decepcione un libro fantástico que un libro ceñido a la realidad y a sus dramas (salvo en el caso de la novela histórica, donde la invención del escritor se entremezcla con la maraña de un mundo que existió, que ha sido investigado y que pudo ser así según todos los indicios).

Tenemos obras magníficas que revitalizan la fantasía y además la incrustan en nuestra Historia. Basta recordar títulos como *Juglar*, de Rafael Marín, *Señores del Olimpo*, de Javier Negrete, o *Rihla*, de Juan Miguel Aguilera, que cuentan las hazañas legendarias del Cid, los conflictos de los dioses mitológicos de nuestras raíces clásicas y el descubrimiento del Nuevo Mundo, respectivamente, desde perspectivas nuevas y distintas. Efectivamente, basta recordar títulos como éstos para darse cuenta de que podemos alardear de grandes firmas dentro del género, cuyas mentes son capaces de concebir aventuras fascinantes.

Se trata de autores que tienen un estilo propio pero no dejan de probar nuevas ideas para aportar originalidad al género. Al mismo tiempo, escriben libros que resultan accesibles a cualquier lector, independientemente de su grado de querencia por lo fantástico. Son libros al alcance de cualquiera que quiera entretenerse y, a la vez, aprender un poco del mundo pasado, presente o futuro.

mágico, en la historia de un desconocido o en las memorias noveladas de alguien famoso. Los personajes tienen pesadillas o creen tenerlas, ven fantasmas o creen verlos, tienen alucinaciones o sufren espejismos, resuelven un enigma imposible o adivinan una contraseña de ordenador, atrapan al ladrón o saltan de una azotea a otra sin caer al vacío, consiguen enamorar felizmente a la persona

Actualmente, solo unas cuantas editoriales se arriesgan a publicar obras que son clasificadas por sus autores dentro de la ciencia ficción, la fantasía o el terror

Pero hay muchos otros escritores que también utilizan la fantasía en sus obras, aunque, una vez publicadas, queden catalogadas de otra manera. Encontraremos la fantasía en los lugares más inesperados: en medio de una tragedia o una comedia, en la investigación de un detective, en el realismo

deseada o persuadir de su inocencia a quienes les acusan, etc.

En conclusión, la realidad no está tan lejos de la fantasía, ni en la literatura ni en la vida. Como pasa con todo, la solución radica en aceptar la autenticidad de nuestros sentimientos y tender puentes. ■



En muchas ocasiones se disimulan los verdaderos géneros para llegar al gran público.